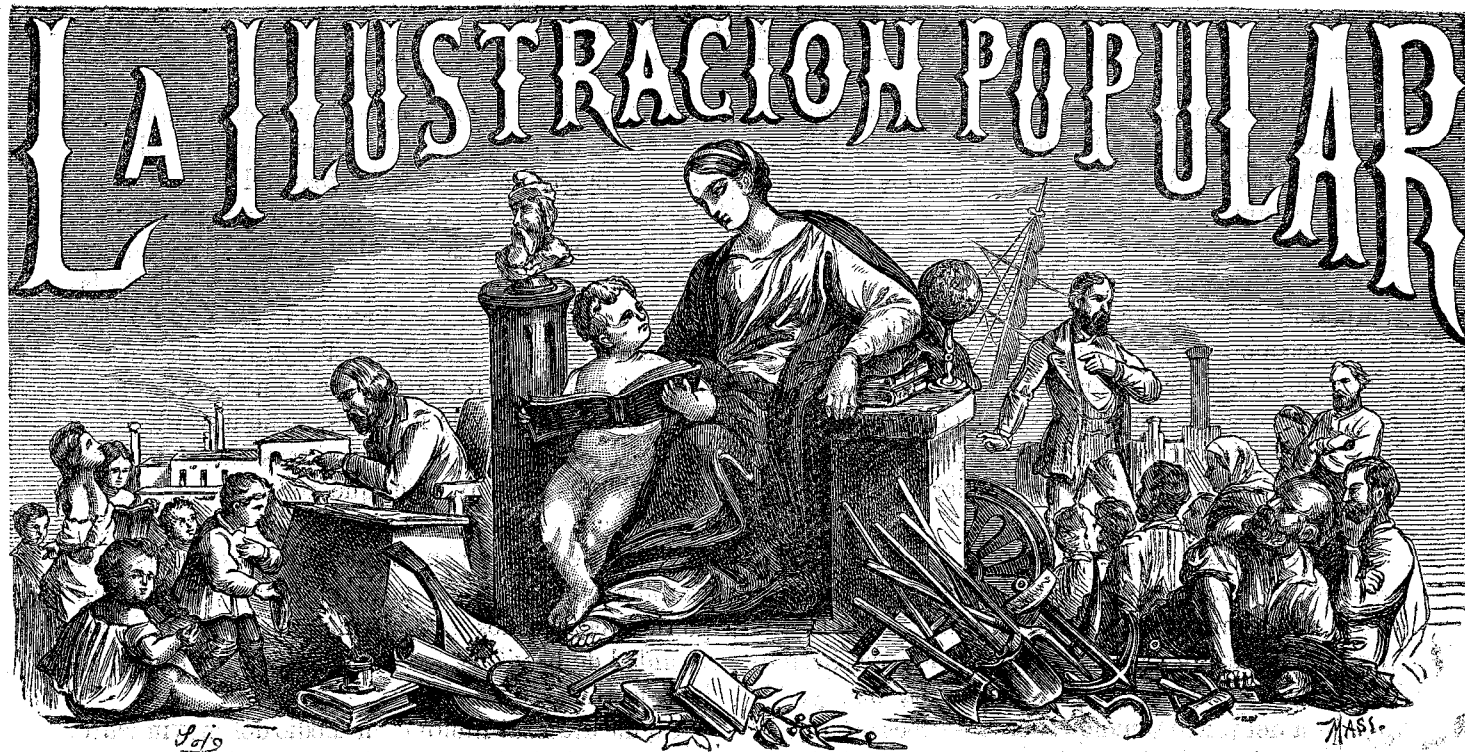




EN ESPAÑA. UN REAL AL RECIBIR EL NÚMERO.	DIRECTOR JOAQUIN DE ARDILA. ADMINISTRACION: Tabernillas, 8, Madrid.	AMÉRICA Y ULTRAMAR. DOS REALES AL RECIBIR EL NÚMERO.
NÚM. 10.	Madrid, Agosto de 1873.	AÑO I.

SUMARIO.

TEXTO.—*Los subterráneos de Roma*, por Emilio Castelar.—*Gonzalo Serrallara*, por A. R. F.—*Un rasguño de costumbres populares*, por José Antonio Paz.—*La educación del pueblo*, por E. Lozano.—*La Murciana*, por J. A.—*E. Juliá* (fotografía), por N. Díaz y Perez.—*La Esposa de un Federal*, por Matilde Cherner.—*El Romancero de los Voluntarios*, por José Nakens.—*Variedades*.—*Las dos Famas*, por Juan Eugenio Hartzenbusch.—*Manual del republicano*, por Julio Barni.—*Revista general*, por Joaquín de Ardila.—*Advertencia*.—*Anuncio*.

GRABADOS.—*Gonzalo Serrallara*.—*La Murciana*.—*E. Juliá*.

LOS SUBTERRÁNEOS DE ROMA.

En Roma suspende y maravilla la ciudad que sobre la tierra se eleva; pero suspende y maravilla también la ciudad que en las entrañas de la tierra se esconde. Sobre aquellos muros mece el viento la hiedra y el jaramago; descubre la conciencia el ideal y la fe de otros siglos. Bajo aquellos muros, donde las sombras se espesan, donde la frialdad y la humedad de la noche se eternizan; por las cuevas y las grutas abiertas en las profundidades del suelo, podrían correr ahora solamente los fuegos fátuos, producto de tantos huesos como allí amontonaron los tiempos; más han corrido en otros días, solemnes para el espíritu humano, las ideas que vivificaron la conciencia de la humanidad y que esclarecieron y realzaron sus altares. Yo me dirigía con religioso respecto á los sitios consagrados por la veneración de tantas generaciones; yo

me dirigía con el espíritu henchido por multitud de ideas. Las campiñas romanas invitan á meditar sobre la fragilidad de los poderes más fuertes, y sobre la nada de las mayores y más respetadas majestades terrestres.

De aquel pueblo que llenaba el mundo, no se en-



GONZALO SERRALLARA.

cuentra ni la sombra. De aquellas instituciones que sostuvieron sobre sí el peso de tantos siglos, no se ven ni los restos. Algunos muros, algunos arcos, algunas columnas, inscripciones borrosas, sepulcros destrozados, mutiladas estatuas, semejan los restos de un gran naufragio, los despojos de una inmensa tempestad. Yo comprendo allí, entre tantos destrozos, el misticismo que de algunas almas se apodera; el desprecio de este frágil mundo en que todo se pierde y se gasta y se consume; la aspiración al descanso de la muerte; la impaciencia generosa por la posesión de lo infinito en otro mundo ménos incierto y más duradero.

Yo mismo, que tengo las ideas de mi tiempo, que creo en la perennidad del Universo, que miró la muerte, no como el aniquilamiento, sino como la renovación; yo mismo, sentíame inclinado á ciertas melancólicas reflexiones, y me imaginaba oír, ya la trompeta del juicio sonando sobre los orbes desquiciados, ya las lamentaciones de los profetas gimiendo sobre las destrozadas ciudades.

Yo veía en los montes Apeninos sembrados de ruinas; en las cordilleras de sepulcros diseminados por todas partes; en los arcos interrumpidos de los gigantescos acueductos; en las torres medio destrozadas como si las hubiera un rayo profundamente herido y desquiciado, en todos aquellos fragmentos de obras medio pulverizadas, algo de las grandes visiones apocalípticas, los restos de planetas esparcidos por las espadas de los ángeles exterminadores en la soledad del espacio.

La figura del tierno apóstol, que las artes plásticas han idealizado en las edades modernas, eternamente joven como los dioses antiguos, elocuentísimo como los oradores helenos, semita que hablaba el lenguaje de Platon y ponía el Verbo engendrado á la sombra del Pireo, entre los dogmas fundamentales del Cristianismo; esta figura, que el Renacimiento ha realizado en sus cuadros y en sus estatuas, yo la veía allá en Patmos, entre el coro de las islas griegas, cuyos horizontes sonríen como la mirada de las sirenas, á la vista del azul Mediterráneo, henchido siempre de espíritu pagano y entonando en sus ondas sembradas de corales al antiguo himno clásico; yo la veía, esa figura ideal, mística como la oración, dulce como la esperanza; yo la veía en el momento de recoger todas las iras de su raza proscripta, y trazar en el último Apocalipsis el castigo de la prostituta Babilonia, mientras los ángeles buenos y los ángeles malos combatían rudamente en los aires, y las piedras chocaban con las piedras en los planetas, y los muertos andaban buscando, roto el sudario y entreabierta la sepultura, sus carnes en las ruinas amontonadas, en el barro amasado con lágrimas y sangre, para presentarse al último juicio que ha de escuchar en el momento supremo de la boca de su Eterno Juez todo el Universo.

Ibamos á las Catacumbas é íbamos entre montones de ruinas. La desolación del paisaje no era, sin embargo, tan grande como la tristeza del alma. Desterrados, errantes, sin patria, nuestro pensamiento y nuestro corazón tenían también, guardaban también ruinas como aquel inmenso y volcánico suelo de las grandes desolaciones. Todo recordaba la muerte. Hubiéramos creído hallarnos en esferas, más que terrestres, infernales, si la naturaleza, con el rocío matinal que descendiera de los aires, como la verde yerba que se levantaba entre las junturas de las piedras, con las flores primaverales que coronaban la yerba, con las mariposas que se mecían sobre las flores, con las hojas tiernas recién brotadas de las yemas, con los nidos cincelados ya entre el follaje, no hubiera querido recordarnos en tibia mañana de Abril la perennidad de la vida y la eterna alegría de sus espléndidos festines.

¡Oh naturaleza! Inmóvil en medio del movimiento, una en medio de la variedad; empapada en el éter que la penetra por todos sus poros, y que forma como su atmósfera, como su espíritu; bajo la sucesión continua de seres orgánicos que cambian y se transforman, permanente é inmodificable; sujeta á la muerte y eterna; sujeta al límite é infinita; difundida en la inmensidad del espacio y concretada en seres orgánicos; desde los astros que irradian su luz por las esferas á las flores que empapan con sus aromas los aires; desde los gases impalpables que se desvanecen á las sólidas cordilleras que mezclan con sus ventisqueros, donde la nieve blanquea, sus volcanes donde reluce el fuego central; desde la nebulosa que lleva en gérmen orbes infinitos á los grandes y gigantescos mundos, ya cansados de bogar por los espacios; desde el grano de arena que la onda remueve á las últimas estrellas de la Vía Láctea, cuya luz tarda veinte mil siglos en llegar hasta nosotros, pobres desterrados, adheridos á este pequeño planeta; en todo ese círculo, cuyo centro se halla, como dice la sabiduría moderna, en todas partes, y cuya circunferencia en ninguna, ¡ah! no sucede el aniquilamiento total ni de una sola molécula; no existe, no, la nada; sombra de nuestro pensamiento, aprensión de nuestra poquedad, fantasma de nuestros sentidos, idea sin realidad, que las tristes limitaciones de nuestra lógica y la incurable imperfección de nuestro lenguaje nos ha obligado á poner en el eterno océano de la vida. Es verdad que algunos astros se han apagado en nuestro sistema solar, como fáunas y flores enteras han desaparecido en nuestra corteza terrestre; pero ni se ha extinguido el calor de la vida universal, ni ha cesado el crecimiento y el progreso de más perfectos organismos. Entremos, pues, en estas cavernas de ruinas, con el pensamiento puesto en la idea de lo infinito y el corazón puesto en la esperanza de la inmortalidad.

(Se continuará.)

EMILIO CASTELAR.

GONZALO SERRACLARA.

Pocas son las noticias que vamos á dar de este hombre público, porque la circunstancia de encontrarse hoy algo retirado de la vida activa de la política, nos prohíbe extendernos mucho en este bosquejo biográfico.

* *

Gonzalo Serraclara nació en un pequeño pueblo de la provincia de Barcelona en 1840.

Con el apoyo é iniciativa de sus padres y su marcada afición al estudio, se hizo un hombre ilustrado, siendo conocido como tal, y asimismo tenido en bastante aprecio en todo el Principado de Cataluña.

De espíritu independiente y liberal, y amante de las glorias patrias como todo jóven, empezó á trabajar contra la tiranía desde que llegó á formarse su razón y desde que pudo disponer de su individuo.

En las tertulias, en las reuniones públicas, en las secretas que celebraban los partidos liberales, y, por último, en la prensa, difundía sin tregua ni descanso, siempre que para ello se presentaba ocasión, las ideas republicanas, los derechos del hombre, la reforma que debía experimentar la sociedad española, víctima eterna de la tiranía de los reyes y de la ambición inhumana de sus gobernantes.

Siempre á Serraclara lo encontraron sus compañeros y amigos para toda clase de propaganda, para todo género de trabajo, para todo linaje de empresa que fuera beneficiosa para la libertad de su patria.

Lo mismo usaba de la palabra y de la pluma, que empuñaba las armas, cuando así convenia á los intereses de la causa.

Jóven y entusiasta, y deseando ver á su patria libre y feliz, no omitía medio, no escatimaba trabajo, y, en una palabra, era un esforzado soldado de las filas liberales, como lo demostró antes y después, cuando los sucesos lo exigieron.

* *

Vino la revolución de Setiembre, y despertó en todos los corazones oprimidos el sentimiento de la libertad, mal sofocado hasta entonces por los sicarios O'Donnell, Narvaez y Gonzalez Brabo.

Se difundió pasmosamente por toda la península, y Cataluña, como siempre, respondió al grito de libertad.

Serraclara tomó una parte muy activa en aquellos acontecimientos, según correspondía á sus ideas y á la escuela política á que pertenecía.

Cuando el Gobierno Provisional convocó Cortes Constituyentes, la provincia de Barcelona le confirió la honra de nombrarle diputado, formando parte de la minoría de la Asamblea, en su calidad de republicano federal.

En ninguna de las muchas cuestiones en que la

minoría de nuestro partido libró batalla con el Gobierno, abandonó á sus compañeros, votando siempre según convenia y acordaba la junta directiva de la minoría.

Llegado el mes de Agosto del año 1869, se trasladó á Barcelona, porque la política iba tomando cierto sesgo y el Gobierno se disponia á la elección de monarca, lo cual era contrario naturalmente á la aspiración de los republicanos.

Nuestro partido, por causas que todos sabemos, se organizaba para rechazar un golpe de mano; pero cierta atmósfera creada por aquellos días hizo que se rompieran las hostilidades, y en Barcelona, como en otros puntos, se pasó á vías de hecho.

En la capital del Principado, en la industriosa matrona del Mediterráneo, hay un pueblo siempre dispuesto á lanzarse á la calle en defensa de la libertad; y así es que, tan luego como los hombres en quienes tenían depositada su confianza lo creyeron conveniente, rompió las hostilidades en las calles de aquella población importante.

* *

La autoridad militar de Barcelona, influida por las circunstancias, y obedeciendo á órdenes del Gobierno central, dispuso desarmar una parte de la milicia ciudadana, en la que, si no estamos mal informados, el ciudadano Serraclara tenia algun mando.

Este se resistió desde el primer momento, y tomó posiciones como en ademan de no entregar el armamento á un Gobierno que así faltaba á su palabra, sino á viva fuerza.

Las circunstancias eran graves, gravísimas.

El capitán general concedió un plazo á consecuencia de haberlo indicado así una comisión, en la que iban los diputados á Cortes allí residentes; pero trascurrido el referido plazo, que era bastante corto, se rompió el fuego, y corrió sangre española y de liberales, sangre de un pueblo valiente que defendía su libertad y sus derechos contra los abusos y tropelías de un Gobierno de apostátas y traidores.

El constituyente Serraclara tomó naturalmente parte, y muy activa, en esta gran lucha, batiéndose como el primero y no abandonando el terreno del azar y del peligro, hasta que, vencidos los voluntarios de Barcelona, tuvo necesidad de ocultarse.

La insurrección federal se generalizó casi por toda España, y cuando el Gobierno venció el último baluarte, que fué la resistencia de la heroica Valencia, Serraclara, como otros tantos, tuvo que marchar al extranjero, donde estuvo con los dignos ciudadanos Joarizti, Suñer y Capdevila, Paul y Angulo y otros cien, hasta que se concedió una amplia amnistía, merced á lo cual volvieron á la madre patria estos valientes é ilustrados republicanos.

Antes de terminar estas líneas, bueno es decir con franqueza que desde que la República es un hecho en

nuestra patria, Serrallara ha mostrado un desinterés verdaderamente patriótico no figurando en ningún centro ni en ninguna parte, y solamente hace unos días ha sido nombrado en Barcelona presidente de una junta de defensa y armamento para combatir á las huestes del oscurantismo y de la tiranía.

A. R. F.

UN RASGUÑO DE COSTUMBRES POPULARES.

(Continuacion.)

El señor Andrés, su marido, era mudo admirador de todas estas cualidades de su mitad; su admiracion era muda, por ser el mutismo una cualidad casi esencial, aunque voluntaria, del señor Andrés; si este hubiese adquirido de repente el don de la más maravillosa elocuencia y la voluntad de ejercitarla, su palabra hubiera sido un himno constante en loor de la mujer que le habia deparado la suerte.

El señor Andrés era zapatero; ganaba un buen jornal cada día, que entregaba íntegro al objeto de su amor y de su admiracion, y se embriagaba concienzudamente cada vez que obtenia de este su dulce tirano, dinero y licencia para ello.

En rigor la *señá* Elena no decia nunca á su marido «anda á emborracharte,» pero, cuando llegaba el domingo, le decia: «Vamos acá ó allá» ó bien, «¿por qué no vas con *Fulano* ó con *Mengano* á esta ó á la otra parte?» Y el señor Andrés contestaba indefectiblemente «vamos» ó «iré,» segun los casos.

Poníase en seguida la ropa que su mujer le tenia dispuesta, tomaba el dinero que esta le daba, y con ella ó sin ella, ó con la compañía que ella le habia designado, el señor Andrés partia grave, lento, taciturno, para no volver á su casa sino bien entrada la noche, sin un cuarto en el bolsillo y con no sé cuántos cuartillos en el estómago; entraba taciturno, lento y grave, tumbábase y se quedaba dormido al arrullo de los rezados denuestos con que su mujer le acompañaba ó le recibia.

Porque la *señá* Elena que, por un *quitame allá esas pajas*, alzaba el gallo y ponía el grito en el cielo, no se permitía injuriar á su marido sino á media voz y con un tono blando, cariñoso, casi lisonjero. Porque es de saber que el sumiso y bondadoso señor Andrés era, sin arrumacos, ni ternos, ni baladronadas, un hombre de muy malas pulgas.

Nadie lo sabia en el barrio hasta que contrajo relaciones con la Elena, porque hasta aquella fecha, su carácter bonancible lo habia mantenido en paz con todo el mundo; pero cuando al interesarse por Elena, apareció indirectamente complicado en las peloterías diarias que proporcionaban á esta su carácter vi-drioso y su lengua procaz, el amigo Andrés tuvo ocasion de lucirse, y se lució en efecto.

No bien oía desde la sala donde trabajaba el metal

de voz de un hombre alternar entre el *guirigay* femenino de una reyerta en que su Elena llevase la batuta, cuando ya estaba el señor Andrés llamando al orden al intruso.

Su primera intimacion era amistosa y suave.

—Vamos, *Fulano*, dejarse de tonterías; cosas de mujeres.

Pero si le replicaban, el diapason del buen zapatero subia de punto, sin que su laconismo se alterase.

Un instante despues, el señor Andrés abandonaba los medios diplomáticos y recurria á vias de hecho, y ya fuese horma ó tirapié el arma que escogiese, no hubo lid en que no quedara vencedor.

Más de una vez, á causa de estas aventuras, fué á la prevencion, y una vez sola por quince días á la cárcel. Andrés no oponia la menor resistencia de obra ni de palabra á la accion de los agentes de la autoridad: pedia permiso para ponerse la chaqueta; iba á donde lo llevaban, declaraba breve y verídicamente lo que sabia, se tumbaba luego en su prision, y no dejaba la horizontal sino para consumir cuantas provisiones comestibles y potables recibia de mano ó por cuidado de su agradecida cónyuge.

Una vez en libertad, volvía sin odio ni jactancia á sus habituales ocupaciones.

Esta honradísima pareja ganaba doble y aun triple de lo que bastaba á cubrir sus necesidades personales; pero en los ocho ó diez años que llevaban de matrimonio no habian ahorrado seguramente 2.000 reales; y es que la *señá* Elena tenia una pasion exajerada, violenta, por los muchachos. No sabemos si el señor Andrés, que tambien la tenia, la adquirió por contagio de su mujer, ó llevaba ya en sí los gérmenes de ella. Y como Dios, segun las almas piadosas, ó el diablo, segun las ménos sufridas, gusta de poner á prueba á sus criaturas ó á las ajenas (porque si quien hace esto es el diablo, claro está que las criaturas no son suyas), contrariándolas en aquello que más deseen, el desarrollado instinto de la filogenitura de Elena y de Andrés habia sido para ellos un verdadero martirio.

Cuatro ó cinco habian tenido, y dos ó tres adoptivos; todos habian muerto al nacer, ó á los pocos meses ó á los pocos años. Los adoptados habian sido incluseros.

Elena, á los pocos meses de casada, dió á luz un niño muerto: un año despues, otro que murió á las pocas horas.

Un médico que la asistió (porque estuvo á la muerte), le dijo:

—Este es un vicio de la naturaleza: acaso se corrija criando.

—Pues á criar, dijo Andrés; y pocos días despues, el primer inclusero entró en la casa.

Empezóse á criar bien el muchacho, pero al cumplir un año murió.

Lo mismo, con corta diferencia, siguió sucediendo

indefectiblemente: la narracion detallada de estas desventuras domésticas sería algo monótona. Baste decir que Elena y Andrés, que tomaban tanto cariño á los adoptados como á los naturales, no podian pasarse sin chico á quien criar, y que en médico y botica, y en cachivaches infantiles y en tratamientos higiénicos, y finalmente, en cajitas y sepulturas se les iba el dinero, y la salud, y la alegría, y la tranquilidad.

No habia persona en el barrio que no supiese, apreciase y compadeciese esta aficion y esta desgracia del matrimonio.

Hacia cosa de un mes, en la época que ocurrió la escena que comenzamos á describir, que el hogar del zapatero y de la lavandera habia quedado huérfano, y ya se decia que meditaban una nueva adopcion.

Elena habia estado enferma á consecuencia de la última de estas desgracias, que tuvo circunstancias crueles. Ahora vengamos á la causa de la enemistad de la Elena con la Oliva, causa no del todo ajena á estos sucesos.

Elena, envanecida de la hombría de bien de su marido, al saber, á poco de la llegada de la andaluza, las malas mañas del señor Nicolás, se habia permitido algunas calificaciones duras del proceder de este, y á Oliva la habian sentado muy mal estas calificaciones.

No era Oliva mujer capaz de armar riña con la lavandera, y sabia además que el buen Nicolás era muy capaz de armarla con el señor Andrés, razones ambas que la impusieron la mayor prudencia, es decir, la mayor prudencia posible en ella.

Cara á cara no dijo nunca á Elena cosa que pudiese irritarla; pero á espaldas de esta, y obcecada por su resentimiento, se habia extralimitado—con harta injusticia y harta crueldad por cierto—á murmurar de la mala mano que la *señá* Elena tenia para criar hijos.

Oliva no creia seguramente lo que habia dicho de estar maldita la *señá* Elena; pero lo habia dicho porque los dictérios dirigidos por aquella á su Nicolás le escocian en lo vivo.

Supo Elena lo que Oliva habia dicho de ella, y la asaltó con tan amargas pullas, que no tuvo esta más remedio que negar que ella hubiese dicho semejante cosa, con lo cual,—si no el resentimiento,—cesó al ménos en la otra la ocasion de las provocaciones.

Pero desde aquel dia, Oliva y Elena no se habian vuelto á dirigir la palabra. Cuando la noche anterior dijeron á la primera de estas que no tenia más remedio que echar su hija á la Inclusa, se encerró á llorar en su cuarto, y despues de desahogarse, y rendida ya por el cansancio, que ella tomó por tranquilidad, volvió á pensar de nuevo en su situacion y en los medios de arrostrarla.

La idea del suicidio se le ocurrió entonces, y durante largo rato creyó que tendria valor para ejecu-

tarla: la insensibilidad momentánea á que la sometia su desaliento, le pareció resolucion.

Tendida en su mezuquino lecho, sin fuerzas para mover un brazo, pero perfectamenre despierta, se ocupó mentalmente de todos los detalles preliminares del acto que intentaba llevar á cabo: recurriria á la asfixia y su hija moriria con ella: pero cuando despues de dos horas de inmovilidad, de silencio y de reposado delirio,—volvió á recobrar verdaderamente sus facultades, conoció que jamás tendria valor para realizar su propósito.

Volvió entonces á su llanto y á sus congojas, y al cabo de otras dos ó tres horas de agitacion febricitante, apareció en su mente, como un punto luminoso, lejano, en medio de las tinieblas, el recuerdo de la *señá* Elena, de su aficion á los niños, de su ultima y reciente desgracia y del propósito que ya se le achacaba de una nueva adopcion.

La idea que hemos dicho apareció como una luz, y duró primero un solo instante; Oliva volvió á divagar sin rumbo durante largo rato; la idea apareció de nuevo, la luz brilló otra vez tan lejana como antes, pero más duradera.

Volvió á disiparse, pero volvió á aparecer, y más clara y más cerca.

Lo que primero fué un recuerdo irritante y luego una ilusion imposible, comenzó á tomar forma de un proyecto difícil y doloroso.

Una vez en este estado, Oliva no apartó de él su atencion durante toda la noche, y al amanecer ya tenia un plan: durante todo el dia el plan fracasó en su cerebro dos ó tres veces, pero se reorganizaba nuevamente, más acabado y más vigoroso. A media tarde comenzó Oliva á ponerlo en práctica.

Salió á la calle y se entretuvo en el portal de una casa de los alrededores, hasta que vió venir á la *señá* Elena con gran lio de ropa en la cabeza y seguida de un mozo cargado con otro lio mucho más enorme. «Ya está el pájaro en la jaula,» debió decirse, y diez minutos despues de haber entrado en su casa la *señá* Elena, vino, como hemos visto, á tomar puesto en el zaguan. Oliva, á fuerza de intuicion, habia estudiado aquel dia las costumbres de su vecina. «Cuando venga del rio, se habia dicho, no es ocasion de detenerla al paso: vendrá cargada con la ropa y cansada: como vive en un piso alto, tomará al paso, ó tendrá ya en su casa lo que necesite de la tienda: luego que descansen y cene, bajará, bien á la tienda á comprar para el dia siguiente, bien á algun otro recado, ó á hablar con la portera ó con alguna vecina: esta es la única ocasion de presentarme á ella.» Oliva habia acertado: la *señá* Elena no tenia gran prisa en aquel instante.

Andrés habia salido diez minutos antes á entregar la obra á su maestro, y hasta que volviese no se recogeria la *señá* Elena: tambien habia pensado Oliva en esta salida probable del señor Andrés, y cuan-

do, en efecto, lo habia visto salir al estar ella ya en su apostadero, aunque no habia parecido fijar la atencion en ello, sintió que el corazon le latia con más fuerza. «Ya está la *tora* cerca,» dijo para sí. Y la *tora* no tardó en aparecer. Reanudemos ahora la escena.

La *señá* Elena habia contestado displicentemente á los cumplidos de Oliva:

—¡Más de cuánto há!

Oliva no retrocedió por esta fria acogida.

—Al *señó* Andrés lo he visto salir ahora: me alegro que esté bueno.

Elena no contestó: habia acabado de bajar la escalera y se disponia á pasar por delante de Oliva: en el momento que esto sucediese, ocasion perdida.

Habia que parar á la *tora* frente á su lidiadora.

—Hija, continuó impertérrita Oliva: está una vi-
viendo, como quien dice, junto á la otra, y no sabe
ná de lo que pasa.

Esto era insinuarse demasiado aprisa. ¿Qué le im-
portaba á Oliva lo que le pasaba á Elena, y vice-
versa?

Oliva atenuó la insinuacion generalizándola.

—Hasta ayer no supe yo que al marido de la Clau-
dia se lo habian *llevao* al hospital ni que se habia *to-
mao* de dichos la Geroma, y eso que *semos* vecinas del
mismo patio, que siempre hay más *intimidad*.

—¡Ya! contestó Elena.

Este *ya*, por el tono con que se habia dicho, daba
aliento á Oliva.

El *ya* equivalia á decir: «es verdad todo eso; esas
cosas pasan así.»

Oliva continuó:

—Es *verdá* que harto tiene una con lo que tiene.

Y en seguida, con una valentía y una habilidad
equivalente al cambio de un ataque simulado de flan-
co en un ataque resuelto de frente al centro del ene-
migo, añadió:

—Vea V., vea V., *señá* Elena, cómo se me ha *que-
dao* mi *probesita* en ocho dias.

Y se levantó y abrió el pañuelo en que estaba en-
vuelta, y presentó la niña á la *señá* Elena en el mo-
mento en que esta pasaba ya de largo por delante de
Oliva.

La *señá* Elena contestó:

—Y el tuno de su padre sin parecer, ¿éh? ¿Sigue
con la *picaora*?

El golpe fué duro para Oliva; pero estaba ya preve-
nida; desde que comenzó á formar su plan, compren-
dió que habia de sacrificar su susceptibilidad de aman-
te á sus sentimientos de madre.

Por otra parte, el efecto de su estrategia podia te-
nerla satisfecha. La *señá* Elena habia hecho un cuar-
to de conversion al pasar junto á Oliva, y miró á la
niña y se paró.

Oliva aprovechó aquel instante para salir de la
desagradable interpelacion de Elena.

—¿Qué *quid* V? Los hombres.... Ya no está con la
picaora.

—Pues ¿dónde está? dijo Elena: ¿con otra? Parece
que el señor es *caprichosigo*.

—¿Qué sé yo dónde está? dijo Oliva; lo que yo
siento es mi niña que es quien lo paga. Despues de
lo que ha *pasao*, que ha *estao* á la muerte, ahora sale
el médico con que no se pondrá buena mientras no
tome que sé yo cuántas cosas que valen un *sentio*.
Esas gentes se figuran que *tóos* son ricos.

—¡Ya! volvió á decir la *señá* Elena.

Oliva continuó:

—Bien que de sobra sabe V. esto: que bien la han
fastidiado á V. con los suyos. Y eso que V....

Elena recordó en aquel momento lo de la maldicion
que ella tenia, segun la andaluza. Oliva, que tam-
bien lo recordaba, estaba temblona.

Elena quiso ser generosa á medias, y contestó:

—Si parece que tiene *una* maldicion con los *endi-
nos* de los chicos.

Esta pulla era un prodigio de delicadeza inspirado
á la lavandera por la lástima que en aquel instante le
causaba Oliva.

Esta se tragó la pildora como si fuera un grano de
grajea, y para facilitar el paso al incidente, con-
testó:

JOSÉ ANTONIO PAZ.

(Se continuará.)

LA EDUCACION DEL PUEBLO.

Pensaba escribir un articulo acerca de la necesidad
de propagar la instruccion en la clase obrera, la más
numerosa é importante de las llamadas clases socia-
les; mas reflexionando despues en mis escasas facul-
tades y en que mis esfuerzos serian inútiles, por ha-
llarse generalmente reconocida esta necesidad, debia
desistir de mi propósito antes que empeñarme en su
desenvolvimiento.

¿Escribiré entonces, como tantos otros, por solo el
prurito de hablar y darse á conocer, cuando más va-
liera pasar desapercibido? Si tal sospechara de mí,
callaria avergonzado de tan mal deseo, pues lo consi-
dero una verdadera calamidad pública; pero no debo
callar, porque abrigo una aspiracion noble: anhele
ardientemente que el pueblo se instruya: únicamente
así creo realizable la aspiracion de todos los corazo-
nes generosos, la fraternidad y el bienestar univer-
sal. Moralidad é instruccion son las bases de nuestra
regeneracion social; y por si algo valieran mis ideas
en asunto de tanta importancia, mi deber es manifes-
tarlas, aunque fueran desechadas desde luego por sa-
bidas ó irrealizables; y no sería poco conseguir, si
otros más autorizados las discutieran.

Verdad es que todos convienen en la necesidad de
la instruccion popular. Ahora bien; ¿qué género de

instruccion es la que el pueblo necesita? ¿cuál puede serle más útil? Aquí entra la divergencia de opiniones, siendo á mi modo de ver precisamente aquella instruccion de que más carece, por la mayor dificultad de su adquisicion, esto es; el conocimiento de las ciencias físicas y naturales, que suponen algunas indispensables nociones de matemáticas. Examinemos las razones en que me fundo para afirmar mi tésis en términos tan precisos y categóricos, con tono que parece no admitir réplica, y que confío se me perdonará, siquier fuera errónea la opinion que sustento, hija de la conviccion más profunda.

¿Cuál es el destino del hijo del pueblo? Ser obrero, artifice, el gran productor, el sosten de sus hermanos. ¿Cómo realiza su noble mision? Por medio del trabajo, de una lucha incesante sostenida con la Naturaleza, que cede ante la fuerza inteligente del hombre, y rendida le ofrece sabrosos frutos para saciar el hambre; preciosos metales y excelentes combustibles que son los instrumentos de la industria; remedios heroicos para alivio de sus dolencias, y cuantos materiales sirven para la satisfaccion de una necesidad real ó entran en la confeccion de caprichosos adornos, hijos de la fantasia, aguijon y estímulo que obliga al hombre á trabajar sin descanso, aun despues de satisfechas sus necesidades más apremiantes.

El obrero tambien se encarga de trasformar estas primeras materias en el vestido que nos abriga; con estos materiales construye suntuosos palacios que no ha de habitar; potentes máquinas que utiliza el hombre, ya en su beneficio y descanso, ya por desdicha tambien en su propia destruccion y ruina, pero que han contribuido poderosamente á asegurar su dominio en la vasta morada que nos deparó la Provi-dencia.

Ahora bien; y el obrero á cuyos esfuerzos se deben tan asombrosos portentos, ¿qué papel desempeña en estas grandes elaboraciones? Desgraciadamente en la generalidad de los casos ejecuta rutinariamente aquello que le enseña la costumbre, muchas veces ciega, ó le manda el obrero de la inteligencia, sin tener en ocasiones harto frecuentes conciencia de la obra que se le encomienda. ¿Y cómo podrá mejorarse esta y cómo emanciparse el obrero? Siendo todos los hombres obreros intelectuales segun corresponde á su naturaleza racional y á su dignidad humana. A todos nos obliga el procurar difundir los conocimientos científicos que más principalmente se relacionan y son objeto del trabajo del obrero: que este no sea indiferente á los fenómenos de cuyos efectos se aprovecha y que á veces él mismo reproduce, para que comprenda toda su trascendencia y aun sepa qué leyes los rigen, á fin de utilizar estos conocimientos en beneficio de su trabajo.

Se me objetará, con razon, que es muy larga y difícil tarea la de dar tan dilatada instruccion al pobre obrero, que no es poco si sabe leer, y acaso ni apren-

der quiere si esto ignora, por lo mismo que desconoce las ventajas que pudiera reportarle; pero esta grave dificultad constituye la mayor gloria de la empresa, y digno seria de elogio que los buenos republicanos, ayudados por la cooperacion de los hombres de ciencia de todos los partidos, que si son sábios, son humanitarios, se esfuercen y esmeren en publicar artículos que lleguen á manos del obrero y traten estas cuestiones con la mayor claridad posible, para no hacer ingrata su lectura y aficionar al estudio á los que tengan génio y condiciones de progresar, si con determinimiento y método se entregan al cultivo de las ciencias, que así han de aprenderse, y no simplemente con la lectura de periódicos; pero la forma de artículos tiene gran ventaja para atraer al lector, abriéndole nuevos horizontes y sirviendo de estímulo para vencer las primeras dificultades y la tan decantada aridez que encuentra nuestra pereza meridional al estudiar la física y las matemáticas.

Los timoratos que temen profanar la ciencia ó abrigar dudas acerca de la utilidad de popularizarla, que imiten el loable ejemplo que han dado sábios distinguidos, patrios y extranjeros. Además, la hora de la redencion del obrero se aproxima, y á ella contribuirá no poco quien le instruya en el asunto mismo de su trabajo, pues si el pretender que todos los hombres sean sábios es una locura, no lo es ménos presumir que haya de reducirse el número de los instruidos, sobre todo el día quizás no lejano en que los hombres todos, sin excepcion de condiciones, trabajen manualmente algun tiempo, y tambien todos tengan suficiente descanso corporal para desarrollar sus facultades morales, equilibrándose de esta manera y robusteciéndose las dos potencias de la actividad humana.

¡Ojalá que estas ideas tengan buena acogida por las personas competentes, y se estimulen y alienten para generalizar sus conocimientos físicos, correspondiendo el éxito de sus publicaciones á mi buen deseo.

E. LOZANO.

LA MURCIANA.

Las bellas ninfas de las orillas del Segura necesitan un poeta que las cante, no un prosáico narrador que sus encantos enumere. Toda la hermosa tierra que ellas apenas desfloran con su planta, parece impregnada de sus hechizos.

Colocado el antiguo reino de Murcia entre Andalucía y Valencia, participa en sus productos, en su clima, en sus costumbres, en la figura y carácter de sus habitantes, de lo que constituye la vida de ambas regiones, si bien en el lenguaje se aproxima mucho más á Andalucía, hasta el punto de confundirse con ella.

La huerta de Murcia es de lo más bello y más fértil que la imaginacion concibe, y la capital, renovada

en su mayor parte segun el gusto moderno, no ofrece el aspecto triste de las estrechas y revueltas calles que nos legaron los sectarios de Mahoma en sus siete siglos de dominacion, por más que de las costumbres no se hayan borrado sus huellas.

Bajo el cielo de Murcia brota con extraordinario brio todo cuanto se quiere cultivar. Su seda ha tenido en otros tiempos universal reputacion, así como sus paños: hoy aun conserva aquella gran prestigio en los mercados, pero escasea mucho, pues sabido es la triste suerte que cupo á la industria española con la expulsion de los moriscos y la intolerancia religiosa del reinado de los Felipes, y la tristeza de semejante suerte ha ido en aumento con los años, salvo las provincias en que la industria del siglo XIX ha plantado su bandera gloriosa.

Entre los productos naturales de Murcia sobresalen las frutas, y entre estas el limon y la naranja, que se exporta con grande abundancia y beneficios.

Respecto á los habitantes, solo diremos que nos gustan mucho las murcianas, y que hay en su elegancia, hermosura y gallardia, un atractivo invencible. Si no tuviéramos otros muchos motivos para envanecernos de ser españoles, bastaria el ser paisanos de tan deliciosas criaturas.

J. A.

E. JULIÁ (FOTÓGRAFO).

El conocido fotógrafo de la calle del Príncipe, señor Juliá, nació en Madrid el 26 de Marzo de 1826.

Desde sus primeros años se educó para el arte.

Pintor primero, estudió el dibujo en la Real Academia de San Fernando, y el colorido con D. Juan Rivera.

Músico después, aprendió el clarinete con D. Antonio Romero, y el oboe con el maestro D. José Alvarez.

Por entonces, en 1850, el prodigioso invento de Daguerre habia logrado propagarse por Europa, cuando el señor Juliá se dedicó á estudiar la fotografia y hacer algunos ensayos después, en 1851, con muy buenos resultados.

Los primeros fotografos que vinieron á España eran unos extranjeros que carecian de todo género de conocimientos útiles en este arte.

Pocos progresos habia de lograr la fotografia puesta en manos tan torpes.

Para bien del arte, el Sr. Juliá se decidió

por abrir un establecimiento al público, y en la calle de la Visitacion, núm. 1, fundó en 1854 una galeria fotografica, que si bien en un principio no tenia importancia, bien pronto logró ser el primer establecimiento de Madrid.

El Sr. Juliá se ha aplicado sin descanso á mejorar la fotografia, adoptando, antes que ningun otro,



LA MURCIANA.

cuantos adelantos se conocian, puesto que introdujo en España el método de la instantaneidad de los retratos, los muestrarios de exposiciones permanentes y alternadas, los escaparates y las galerías de exhibicion, y, finalmente, las reproducciones de tamaño natural, sin retoque, haciendo rápidamente los clichés de gran tamaño, por cuyos trabajos y las obras de arte que ha ejecutado personalmente durante diez y ocho años, ha sido premiado:

En 1867, por la exposicion Universal de Paris.

En 1868, por la de Zaragoza.

En 1871, por la de Valladolid.

En igual fecha lo fué tambien por la de Madrid, verificada por *El Fomento de las Artes*.

En 1869 obtuvo el único premio que creó la *Económica Matritense* para el progreso de la fotografia.

Tambien ha obtenido premio por sus trabajos artisticos en la actual exposicion de Viena. Felicitamos sinceramente á nuestro compatriota por este último triunfo.

Por sus méritos y servicios ha conseguido el señor Juliá, verse tambien condecorado con cruces muy honoríficas.

Tiene la encomienda ordinaria de primera clase de Carlos III.

La de número de Isabel la Católica.

La cruz de la orden de Cristo de Portugal.

Y la de primera clase de la extinguida orden civil de María Vitoria.

Pertenece á varias sociedades científicas y literarias, tan respetables como la Económica Matritense y la Philotechnique de Francia.

Juliá puede decirse que es el que ha puesto la fotografia en España á la altura en que hoy se encuentra, capaz de competir con todos los establecimientos más acreditados de Lóndres y París.

Sus fotografías, colocadas hoy en la Exposicion Universal de Viena, están llamando la atencion de los curiosos y de los inteligentes.

Estos datos parécenos que sean bastantes para conocer al Sr. Juliá como el continuador de la obra de Daguerre, pues nadie con más derecho que él puede decir que ha perfeccionado la fotografia en España, poniéndola á la altura que hoy se ve, gracias á los progresos del siglo actual.

El retrato que hoy damos de tan hábil artista en este número, es tomado de una fotografia exactísima hecha por el mismo Sr. Juliá.

N. DIAZ Y PEREZ.

ACTUALIDADES.

LA ESPOSA DE UN FEDERAL.

(Continuacion.).

V.

Enterados los padres de María del aciago fin de Ricardo, llamaron á su lado á su hija, y esta, juzgando por los suyos los sentimientos de aquellos, creyó que el inmenso dolor que angustiaba su alma, y la desgracia de que era víctima, conmoviendo el corazón de sus padres, habia hecho renacer en ellos su pasada ternura. Volvió pues, á Reus la infeliz esposa del federal revolucionario, á los ocho meses de haber dejado esta poblacion, cuando el amante y entusiasta Ricardo la brindaba en su amor, en su inteligencia, en su fé política, tan brillante y risueño porvenir. Y hoy con el luto en el alma y en el cuerpo, y el llanto en los ojos, volvía la pobre niña, viendo en lontananza un negro y misterioso porvenir, en que apenas brillaba á largos intervalos algun débil y pálido reflejo de esperanza.



E. JULIÁ.

El sol que alumbraba su vida habia llegado prematuramente á su ocaso, y extinguiéndose de repente su vivida luz, que teñía de oro, nacar y arrebol, aquel espléndido y risueño horizonte habíase tornado repentinamente negro.

Los padres de María, cuya línea de conducta era la del más vulgar egoismo, la acogieron casi con dureza, y la pobre jóven leyó con horror en sus semblantes la maligna satisfaccion que les causaba el desgraciado fin de su esposo, y el que tan pronto se hubieran cumplido los males que la habian deseado y augurado cuando dejó su casa paterna para seguir al elegido de su corazón.

Al apercibirse su madre del interesante estado de la jóven, harto visible, pues se hallaba en su octavo

mes, llamola aparte despues de consultar con su marido, y con cruel dureza la dijo:

—Nosotros te hemos vuelto á abrir las puertas de nuestra casa porque eres nuestra hija y no queremos que acabes de perderte y des más escándalos de los que has dado; pero si has de seguir en ella, será ocultando tu estado y arrojando á la Inclusa al hijo de un ajusticiado.

Hirvió la indignacion y la cólera en el corazon de María, y mirando fieramente á su madre, contestó:

—Ese ajusticiado, como V. dice, era mi esposo ante Dios y ante los hombres, y lo que vive en mi seno hijo legítimo de nuestro amor.

—Has de saber, nécia, que segun van las cosas, el matrimonio civil no llegará á establecerse en España, y como ya mataron á tu amante y no puede casarse contigo por la iglesia, único medio de cubrir tu falta, tu hijo no será más que un hijo ilegítimo, y tú una mujer sin honor si te empeñas en reconocerle.

La vileza de la sociedad, que se ceba en humillar al vencido, reflejábese en la familia del fabricante, que harto innoble para comprender cierta clase de sentimientos, hollaba friamente con su inmunda planta á la pobre victima del amor y la política.

Convencida María de que sus padres no variarían de parecer, ni comprenderían sus sentimientos, pues á almas como las suyas hablarlas de abnegacion y de sacrificio es lo mismo que si se hablara de pintura á un ciego, ó de música á un sordo, habiendo hecho una religion del amor y el recuerdo de su Ricardo, y contando por único norte de su triste vida el cariño y el cuidado de su hijo, conociendo que ya no le sería posible vivir en aquella atmósfera pesada y grosera, y que eran preferibles las vicisitudes de la vida al pesado yugo que querían imponerla, abarcando de una sola ojeada todo su porvenir, prefirió ser la viuda pobre y abandonada del noble federal fusilado en Valencia, antes que la hija del opulento fabricante. Sin dar cuenta á nadie de su resolucion, y contando solo con los recursos que le habia proporcionado el talento y los trabajos de su esposo, marchó aquella misma noche á Madrid sin despedirse de sus padres y olvidando por completo que existían.

Dedicada únicamente al amor de su hijo, que nació unos dias despues de su llegada á la capital de España, y al que dió el nombre de su padre, la mimada y tierna niña, convertida en madre solícita y cuidadosa, arrostró con ánimo valiente su aislamiento y su penuria, sin cejar un momento en la senda que el deber y el amor la trazaban.

Buscando recursos para ella y para su niño en su esmerada educacion, hoy es profesora de piano, con cuyas lecciones, unidas á su modestia y economía, atiende á sus necesidades y las del pequeño Ricardo, fiel retrato del valiente y malogrado federal, que con su muerte dió el más grande ejemplo de abnegacion y patriotismo.

Si alguna vez nuestras lectoras se encuentran en la calle una mujer jóven, de aspecto noble, modesta y ardiente mirada, pálido semblante y negra y lustrosa cabellera, notable por su porte distinguido y su traje completamente negro, que lleva de la mano á un niño de dos ó tres años, rubio, blanco y rosado como un querubín, saluden con respeto á la noble y desgraciada esposa del valiente republicano Ricardo Arenas.

Aquella flor roja que en dias más felices enredaba María entre sus negros rizos y era emblema de su amor y de los principios políticos de su amante, la lleva hoy presa en el seno y le recuerda la ardiente sangre de su esposo, tan generosamente derramada por la santa causa de la humanidad.

MATILDE CHERNER.

EL ROMANCERO DE LOS VOLUNTARIOS.

III.

Si en tantos siglos de lucha
y de gloriosas empresas
no hubiera probado España
su valor y su grandeza,
los sucesos de Cirauquí
acaso echaran por tierra
nuestra envidiada hidalguía,
nuestra proverbial nobleza,
y consiguieran que el nombre
de españoles, que hoy nos llena
de orgullo, fuera mañana
ocultado con vergüenza.
Voy á referir los hechos,
si la indignacion me deja.

Dorregaray, Ollo, Elío,
con innumerables fuerzas
penetraron en Cirauquí
sin la menor resistencia,
porque los pocos valientes,
—sesenta y dos solo eran—
que se encontraban armados,
concentraron su defensa
en el fuerte, por dar tiempo
á que en su auxilio acudiera
alguna de las columnas
que debían estar cerca.
Los carlistas empezaron
á atacar la fortaleza
á cañonazos, y fueron
rechazados. Como fieras
rugían. ¡Dos mil quinientos
rechazados por sesenta!
Paja empapada en petróleo
arrojaron á la puerta
del fuerte, y á los de adentro
les intimaron la entrega,
ofreciéndoles la vida
y la libertad sin tregua;
mas los bravos voluntarios
despreciaron sus ofertas,
creyendo que á defenderlos
acudiese alguna fuerza.

Una vez, y dos y cuatro
les intimaron la entrega,
y á rendirse, aquellos héroes
se negaron todas ellas.

Pero las horas corrian
sin que en su auxilio acudieran,
y decidieron rendirse
por evitar las escenas
de vandalismo y pillaje
que los carlistas perpetrán
en todas las poblaciones
donde encuentran resistencia.
¡En mal hora se entregaron
los Voluntarios! Apenas
dieron sus armas, se vieron
rodeados de una caterva
que demandaba su muerte
con horrorosa insistencia
y que con navajas, sables,
fusiles y bayonetas,
de los sesenta y dos héroes
asesinaron cuarenta,
con tan fiera cobardía,
con tan cobarde fiereza,
que el voluntario que ménos
recibió, recibió treinta
heridas y siete tiros.
¡Criminal y horrible escena!
Los de dentro degollando,
aplaudiendo los de afuera,
y la desdichada España
sollozando de vergüenza,
y entreviendo en su desdicha
el porvenir que le espera
si sus predilectos hijos
á la lucha no se aprestan
y acaban con esas hordas
que su gloria pisotean.

JOSÉ NAKENS.

VARIEDADES.

Napoleon I era entusiasta por el poder y la grandeza, pero detestaba los oropes y se resignaba de mala gana á llevar manto real y uniformes vistosos.

—Cuán feliz sois,—le decía á Bourrienne, secretario particular suyo, el día en que fué á tomar posesion del palacio de Tullerías, objeto de todos sus deseos;—no teneis obligacion de ponerlos en evidencia, ni de ser objeto de curiosidad.

Bourrienne le replicó que podía dispensarse de aquel fausto.

—Desde luego,—contestó,—pero veo que es necesario, y me resigno. Cuando se ocupa el primer puesto, debe siempre llevarse el *golpe de vista*; eso agrada al pueblo.

El *golpe de vista* era el pensamiento dominante del emperador. Sobre el pedestal en que le habia colocado la suerte, pensaba en el presente y en la posteridad.

Pero por lo que sentia una antipatía invencible, era por todo lo que le recordaba la anarquía revolucionaria.

Al entrar en Tullerías vió pintado en los muros el gorro frigio, y volviéndose al arquitecto que le acompañaba, le dijo:

—Que hagan desaparecer todas esas barbaridades... ¿Qué hacen aquí?

Fouché, Sieyes y otros, hicieron un gesto de desagrado al escuchar las palabras de Bonaparte; pero como no les quedaba otro remedio, callaron y sufrieron.

Pocos días despues presentaba las Tullerías otro aspecto.

Napoleon, á pesar de su desden por el fausto, fué siempre esclavo de la etiqueta y de los detalles de la corte.

Un inglés viajaba con su ayuda de cámara, y su principal objeto era encontrar emociones nuevas que pudieran curar su tenaz *sp'leen*. Al llegar á Pekin cae gravemente enfermo.

El criado, asustado, recorrió la poblacion buscando un médico, cuyas casas le habian dicho se conocian porque tenian faroles en los balcones, eligiendo el de los más iluminados, pues se dijo á sí mismo:

—Este debe de ser el más rico, y por consiguiente, habrá ganado ese dinero por las milagrosas curas que haya hecho.

A los pocos días, su amo estaba restablecido.

El criado elogiaba la sabiduría del Galeno, pero el fondista le interrumpió diciendo:

—Suerte ha tenido vuestro amo, porque no podia haber caído peor.

—¿Cómo? ¡pues si yo escogi el médico que más linternas tenia en la ventana!

—Pues justamente por eso: aquí cada médico debe encender un número de linternas igual al que de enfermos ha despachado para el otro mundo: á medida que van muriendo, van aumentando las linternas.

El criado se quedó estupefacto, afirmándose más en que las costumbres chinas no tienen parecido con las de ninguna nacion.

Un hombre que por su mala conducta se encontraba en la mayor miseria, vociferaba con frecuencia contra los ricos, contra la propiedad, y predicaba la igualdad de clases y el reparto de los bienes.

Una tia anciana murió, legándole una gran fortuna, con lo que se colocó en la clase de hombre rico.

—Dime,—le preguntó un amigo,—¿eres tambien ahora partidario de que se repartan las fortunas?

—Te diré que no varío.

—¿Pues y tu herencia?

—Me la estoy comiendo á toda prisa.

Antiguamente la supersticion hacia creer que los matrimonios contraidos en Mayo no eran felices, á pesar de ser el mes de las rosas, y de estas preocupaciones habia algunas que eran curiosas, y que trascribimos.

Si una copa se rompe, una botella ó una taza, es señal infalible de que una de las personas presentes se casará muy pronto.

Si en el dedo anular se pone una sortija, siendo una señorita soltera, entónces su enlace se retrasa ó siete días, siete semanas, siete mese ó siete años, guardándose sobre todo de que la sortija sea una aleacion, porque entónces seguramente son siete años perdidos.

Creian nuestros abuelos, y aun hoy se cree en algunos pueblos pequeños, que una muchacha podia saber cuándo se casaría, recogiendo algunas semillas esparcidas por el viento en el campo, de esas que están aun dentro de su concha: la muchacha sopla, y si salta una, se casará dentro de un año, si dos, dos, y así sucesivamente.

Si una rama se prende en el vestido de una señorita, creian segura su boda con un viudo.

Si sabe con maestría pelar una manzana, una pera ó una naranja, puede ser ya buena ama de su casa.

El escritor francés Regis de la Colombière, dice que no deben casarse en el mismo día hermana y hermano: debe hacerse á quince días de distancia.

La recién casada no debe mudarse de calzado el día de su boda, aunque estuviera empapado por la lluvia.

Debe evitarse que en el ajuar de novia, haya muchos pañuelos: es mal indicio... Las lágrimas y las amarguras serían abundantes.

Un apretón de manos puede significar: En un viejo, necesidad de apoyo. En un joven, entusiasmo, decisión. En un niño miedo, temor. En una mujer... ¡significa tantas cosas! (v. g.) Te amo... te amo... y te amo... Me has ofendido. Te perdono. Nos reconciamos. ¡Dime algo, bobo! Apriétame tú á mí. Le gustas á él, y eres mi enemiga. Vuelve, que papá se va ahora. Enemigos para siempre.

Por otro lado: cuando un general estrecha apretando la mano de un inferior, quiere decir: es V. un valiente. Dos que se encuentran y se hacen una seña, se recuerdan algo ó llenan una mera fórmula. Entre literatos un apretón de manos es cosa muy natural, porque casi todos son enemigos, y de este modo disfrazan sus sentimientos. Un médico aprieta la mano del enfermo que asiste. Un abogado la del cliente á quien le ganó ó perdió un pleito. Un ladrón la de su víctima. Un novio la de su novia. Un inglés la de su deudor. Todos, en fin, se aprietan la mano, pero todos con algún fin. Esto, lector, es lo que pienso sobre tan sencillo asunto. ¡Ojalá que estas reflexiones puedan servirte, aunque seas gallo viejo, de algo en el transcurso de tu vida. Yo por mí, puedo decirte que muchas veces me ha engañado un apretón de mano.

ESTADÍSTICA RELIGIOSA.—La religión mosaica no cuenta sino cuatro millones de adeptos, mientras que el budhismo tiene 400 millones, el brahmismo 200, el cristianismo 250, el mahometanismo 150 y 100 el fetiquismo.

Los judíos están repartidos en las siguientes localidades.

1.120.000 en Rusia.
650.000 en Austria.
600.000 en el Norte de Africa.
500.000 en la Turquía Asiática.
215.000 en Prusia.
175.000 en los Estados de la antigua Confederación germánica.
100.000 en América.
80.000 en el Asia Oriental.
70.000 en Francia.
52.000 en los Países-Bajos.
13.000 en Inglaterra.
6.000 en Dinamarca.
4.000 en Italia.
1.500 en Bélgica.
1.000 en Suecia y Noruega.

FILOLOGÍA.—Se hablan en el mundo 5.860 lenguas y dialectos, que dan los siguientes datos para cada una de las partes en que lo han dividido los geógrafos:

Lenguas.

En Europa.....	48
En el Asia.....	153
En Africa.....	118
En América.....	424
En Oceanía.....	117

DIALECTOS.

En Europa.....	612
En Asia.....	1.030
En Africa.....	921
En América.....	1.800
En Oceanía.....	537
	5.860

En América las lenguas europeas se hallan en la siguiente proporción:

El inglés por.....	11.647.000 individuos.
El español por.....	10.504.000
El portugués por.....	3.740.000
El francés por.....	1.242.000
El holandés, sueco y danés por.....	216.000

La lengua española tiene 28.451 palabras, divididas como sigue:

Sustantivos.....	11.801
Adjetivos.....	7.902
Verbos.....	7.030
Adverbios, proposiciones, etc.....	1.718
Total.....	28.451

LAS DOS FAMAS.

(Fábula, imitación del alemán.)

Dos Famas hay: contemporánea es una,
Favorita especial de la Fortuna;
La segunda, que póstuma se llama,
De la Verdad y el Tiempo hija querida,
Es la inmortal, la verdadera Fama.
En un caballo aligero subida,
Marchaba, como suele, de corrida,
La Fama de los vivos afanosa,
Y al son de su trompeta clamorosa
Llevábase detrás gente sin tino.
De repente, á la orilla del camino,
La fogosa gineeta
Encontró á su rival muda y sentada.
—¿Cómo es (le preguntó) que no haces nada,
Cuando ocupar debieran tu trompeta
Celebridades que hay de tantas clases?
—Estoy (dijo la póstuma) parada
Aguardando á que pases.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

MANUAL DEL REPUBLICANO.

ESCRITO EN FRANCÉS

POR JULIO BARNI.

(Continuación.)

¿Cómo debe constituirse en una república el poder ejecutivo y cómo debe ser nombrado?

Estas dos preguntas, que son conexas, son capitales; pero como la de la constitución del poder legislativo, encierran soluciones diversas. Examinemos rápidamente los sistemas.

El poder ejecutivo puede confiarse ó á un *presidente* ó á un *Consejo de Estado*. El primero de estos sistemas es el que está en vigor en los Estados-Únidos y el que había adoptado, á su ejemplo, la Constitución francesa de 1848; el segundo es el de todas las

Constituciones cantonales y el de la Constitución federal de Suiza: también es el que se ha practicado en Francia, bajo el título de *Directorio*, en virtud de la Constitución establecida por la *Convención* nacional y derribada por Bonaparte el 18 brumario.

El primer sistema tiene, en general, el defecto de dar á un solo hombre un poder demasiado considerable en una república, y por consecuencia, peligroso para ella. El peligro es todavía más grande, acaso es mortal, si, como en la Constitución de 1848, el presidente de la república, en vez de ser nombrado por la Asamblea legislativa, es elegido por el pueblo entero, del mismo modo que la Asamblea. La Constitución de 1848 había así colocado uno en frente de otro dos poderes, de los cuales uno, compuesto de una sola cabeza y directamente nombrado por sufragio universal, parecía hecho, en cierto modo, expresamente, no solo para tener al otro en jaque, sino para suprimirlo y destruir la República. Es verdad que la desgracia quiso que el presidente elegido por el pueblo llevase uno de esos nombres que desde luego debiera haber maldecido, el nombre de Napoleón; pero esta desgracia no era difícil de prever, y el peligro subsistirá siempre, con más ó menos gravedad, en tanto que el sistema de la presidencia pueda entregar á pretendientes ó á ambiciosos sin escrúpulo el gobierno de la República. Este sistema presenta graves inconvenientes aun en una República sólidamente cimentada;—demasiado se ha visto no hace mucho en América, después de la muerte de Lincoln;—pero debe sobre todo evitarse en un país, que después de haber vivido largo tiempo bajo el régimen monárquico, trabaja por fundar el régimen republicano. En este punto hay que separar todo lo que pueda recordar ó traer el *gobierno personal*.

El segundo sistema, el que entrega el poder ejecutivo á un Consejo de Estado que se divide ó delega los diversos ministerios que corresponden á los grandes servicios públicos, parece no convenir con la unidad que exige el Gobierno, y hasta puede llegar á ser una fuente de anarquía. Además, en Francia se ha desacreditado por la administración, bien á menudo deplorable, del Directorio. Pero hay que reconocer que, en definitiva, es el más verdaderamente republicano, y todo el mundo sabe con qué éxito funciona en Suiza: de modo que está recomendado á la vez por los principios y por la experiencia. La que ha producido el Directorio no basta para absolutamente condenarle, ni aun en Francia; lo que, por el contrario, nos ofrece Suiza, es concluyente por completo (1).

(1) No me disimulo cuán poco acorde está este sistema con las tendencias y las costumbres del pueblo francés; pero se puede esperar que, bajo la influencia de mejores instituciones, este carácter se modificará con el tiempo. He advertido, además, que la cuestión discutida aquí no tenía una solución absoluta: indico solamente la que me parece más conforme con el espíritu republicano.

En cuanto á la objeción que se le opone acusándole de favorecer la anarquía, este no es vicio particularmente inherente á este sistema, sino que se desliza por todas partes en las instituciones republicanas, cuando los caracteres y las costumbres no las sostienen.

Pero ya sea que el gobierno se confie á un presidente, ya á un Consejo de Estado, en uno y otro caso el nombramiento puede hacerse de varios modos. Al tratar de la primera, hemos debido ocuparnos de esta segunda cuestión; mas conviene examinarla á su vez. De este exámen resultará nueva luz sobre la precedente.

*
*

Si se concede el poder ejecutivo á un presidente, este presidente de la República puede ser elegido por sufragio universal ó por el cuerpo legislativo salido de ese mismo sufragio, es decir, directamente por el pueblo ó indirectamente por los representantes del pueblo.

El primer modo parece más racional y más conforme con el principio de la separación de los poderes. Parece, en efecto, que en una república la elección del jefe del Gobierno deba pertenecer al pueblo mismo, y que el medio más cierto para asegurar la independencia de este supremo magistrado al lado del cuerpo legislativo, sea sacarlo, como este cuerpo, de la elección popular. Pero se corre así el riesgo de crear en frente del poder legislativo un poder rival, hostil, armado contra él con toda la cantidad de los sufragios que se han concentrado sobre su cabeza, y por lo tanto, cuando cae entre las manos de un hombre poco escrupuloso, amenazador para la libertad. Como lo hemos notado anteriormente, esta es la falta que cometió la Constitución de 1848.

La institución de la presidencia es ya peligrosa, sobre todo en un pueblo largo tiempo dominado por la monarquía, porque remite toda la potencia ejecutiva á un solo personaje; ¿qué será si este jefe del Gobierno ha sido directamente elegido por el pueblo? Francia ha hecho una tan triste experiencia de este sistema, que debe estar disgustada de él para siempre.

El segundo modo de elección consiste en hacer nombrar al presidente de la república por el cuerpo de los representantes del pueblo; este aminora algo el peligro de la institución presidencial: un presidente elegido por una Asamblea nacional, será más bien el aliado que el enemigo de la Asamblea que le nombra.

Dado el sistema de la presidencia, este es el modo que debe ser en general preferido; pero téngase en cuenta que no corrige completamente el defecto del sistema, cual es dar á un ciudadano una parte demasiado amplia del poder en el Estado, y coloca así la república en la pendiente del Gobierno personal;

por tanto, creemos que lo más prudente sería evitar este escollo.

En el sistema que concede el Poder ejecutivo á un comité director ó á un Consejo de Estado, los dos modos de elegir de que acabamos de hablar se presentan practicables, y ambos se practican en realidad. Así, pues, hay un canton de Suiza (el de Ginebra) en que el Consejo de Estado, encargado del poder ejecutivo, es directamente nombrado por el pueblo, así como el cuerpo legislativo, que en aquel país se llama el *Gran Consejo*, mientras que en otros cantones es el *Gran Consejo* quien nombra al Consejo de Estado.

La eleccion de un Consejo de Estado por el sufragio universal no expone la república al mismo peligro que la de un presidente elegido por el mismo procedimiento.

Pero como puede suceder que los dos cuerpos no estén animados de un solo y mismo espíritu, sobre todo si no se renuevan al par, pueden resultar conflictos que, sin poner en peligro la existencia de la República, la dividan y la turben. Aun aquí es, pues, preferible el segundo modo al primero. Tiene la ventaja de apartar la principal fuente de conflictos que pueden surgir entre el poder ejecutivo y el legislativo, y de hacer más segura la armonia de los dos poderes. En cambio se le echa en cara que coloca al poder ejecutivo en tal dependencia del legislativo, que este último concluye por absorber completamente al primero, lo que es contrario al principio. La objecion sería fundada si el poder ejecutivo fuese perpétuamente revocable por el poder legislativo: cesa de serlo cuando es nombrado por el mismo tiempo, salvo, por supuesto, el caso de abuso ó fechoria. Pero este es un punto que merece exámen especial.

★ ★

Si se admite que el poder ejecutivo, en vez de ser concedido á un presidente, sea ejercido por un Consejo de Estado y que este Consejo sea nombrado, no por sufragio universal, sino por la Asamblea de los representantes del pueblo, preséntase todavía una nueva cuestion. ¿El Consejo ejecutivo deberá elegirse por toda la duracion de la Asamblea, ó bien esta cuando quiera lo podrá cambiar?

Esta segunda solucion parece la más lógica; en cuanto los ciudadanos investidos con el poder ejecutivo no son más que los ministros de una Asamblea, parece racional dejar á la Asamblea que los elige la facultad de revocarlos cuando no la convienen. Pero este sistema tiene el mal de entregar el Gobierno y todas las plazas que de él dependen á las fluctuaciones, á los caprichos, á los apetitos coaligados de una Asamblea omnipotente, y de destruir, en beneficio de una nueva especie de dictadura, el principio saludable de la separacion de los poderes.

El Consejo ejecutivo debe sin duda estar siempre sometido á la inspeccion y censura del Consejo legis-

lativo; le debe dar cuenta de todos sus actos, puesto que está encargado de ejecutar la ley, no de hacerla; pero, como hemos dicho antes, le hace tambien falta cierta independencia ó cierta consistencia para cumplir bien la mision que le es propia, y esta independencia ó esta consistencia la perderia absolutamente si estuviese de continuo bajo la amenaza de una revocacion arbitraria.

¿Cómo, en este caso, podría á su vez detener al poder legislativo cuando este atentara á la Constitucion?

¿Cómo, en general, podría hacer algo sério y sólido, no teniendo ante él cierto espacio de tiempo asegurado?

Por estas razones, que son capitales, pensamos que el Consejo ejecutivo debe ser nombrado, como lo es en Suiza, por el mismo tiempo que el Consejo legislativo. No hay para qué decir que el caso de abuso hace excepcion á la regla que aquí sentamos. Bajo esta condicion, la separacion de los dos poderes tiene su salvaguardia conveniente, sin que la subordinacion del uno al otro esté comprometida, en la medida en que es necesaria.

Réstanos ahora que examinar de más cerca las atribuciones del poder ejecutivo, para determinar mejor sus deberes y sus derechos.

(Se continuará.)

REVISTA GENERAL.

Cada día, cada hora, cada minuto, surge un nuevo acontecimiento que tiene su importancia relativa y que aun á veces amenaza con ser muy trascendental para convertirse en humo en el espacio de breves horas. Tambien suele suceder que en estos cortos periodos afecta la política nuevas fases sin que puedan determinarse sus consecuencias, pues todo es aquí vago, confuso ó embrollado, revelando cada accidente el peligroso estado de descomposicion ó de reorganizacion en que nos encontramos; de modo que siempre que cojemos la pluma para hacer esta ligera revista, nos asalta el temor de que sus noticias y consideraciones sean cosas trasnochadas y añejas cuando á manos de los suscritores llegue el número.

Pero no hay remedio posible á semejante mal, y fuerza es que nos resignemos acopiando paciencia unos é indulgencia otros.

★ ★

Poco ó nada han variado las circunstancias políticas desde la Revista anterior. Los cantonales insurrectos siguen defendiéndose en Cartagena, aunque estrechamente bloqueados por tierra y por mar, esperando que la cuestion de víveres resuelva el asunto sin gran derramamiento de sangre. Pavía ha presentado su dimision por no querer los malagueños que les haga una visita de pura cortesia y ser con ellos el

Gobierno demasiado condescendiente; Makenna no va á Cataluña, por no poder facilitársele todo lo que desea; los carlistas siguen adquiriendo brios y gente, teniendo en jaque á varias poblaciones importantes del Norte, y no pudiendo nada contra ellos el general en jefe, por escasez de soldados. Tan envalentonados se hallan que, á pesar del horroroso descalabro que han sufrido en Berga, se las prometen muy felices, profetizando, á quien quiere oírlos, que para mediados del mes próximo estará D. Carlos en Madrid.

En Andalucía menudean los incendios, ocasionando innumerables pérdidas. Las cosechas, las heredas, los montes cubiertos de árboles seculares, son presa del devorador elemento, haciendo temer que, á este paso, las provincias más ricas de España sean pronto un monton de cenizas. ¡Cuánta miseria para el presente, y cuánto tiempo y capital que emplear en el porvenir representa esa destrucción!

Todos los veranos suele haber incendios casuales en aquellas comarcas; pero las proporciones que han tomado en este no hallan ejemplo en la memoria, é indicaban, por la manera de verificarse, que eran intencionados. Esta sospecha ha venido á tomar carácter de certidumbre con el apresamiento hecho por la Guardia civil de gran número de individuos provistos de instrumentos y aparatos destinados á perpetrar el crimen. Las autoridades de algunos pueblos han tomado enérgicas medidas para impedir los efectos de esa rabia destructora que se ha apoderado de algunos desgraciados seres á quienes no disculpa la pasión política, pues sus actos, más que de hombres de ideas, son hijos de corazones perversos.

Estos días ha corrido también con mucha insistencia el rumor de que Francia ha reconocido ó iba á reconocer muy pronto la beligerancia de los carlistas, y á pesar de que se niega rotundamente en las regiones oficiales, no por eso el asunto deja de ser objeto de todas las conversaciones.

Y entretanto la Cámara sigue celebrando sus dos sesiones diarias sin afrontar las grandes resoluciones que semejante estado de cosas exige, con la serenidad de los tiempos normales, con la frialdad del que ha ahogado en su corazón la fe, el entusiasmo y las pasiones nobles. Incierta, vacilante, sin rumbo ni derrotero fijo, deja pasar los días, como si cada uno de estos no tuviese un valor incalculable.

La discusión del proyecto constitucional, se ha suspendido; se piensa en suspender las sesiones, ahora que termina el verano, y también se proyecta la suspensión de las garantías constitucionales; de modo que si esto sigue, nos vamos á quedar absolutamente suspensos.

* *

Otro de los asuntos del día es la crisis que, según se dice, corroe el seno del Gabinete, aunque nadie piensa que llegue á estallar, pues sería un verdadero conflicto en estas circunstancias.

Nosotros ignoramos si lo que realmente puede llamarse crisis existe; mas si puede asegurarse, y esto nadie lo ignora, que los actuales ministros están divididos en la cuestión de gobierno por dos opuestas tendencias. Unos quieren enérgica represión, medidas violentas, que consideran como las únicas salvadoras, imperio de la ley y fuerza en la autoridad á todo trance: otros buscan todavía términos conciliatorios y desean llegar al mismo fin por caminos más blandos y suaves.

En nuestro concepto, la primera de las dos tendencias es la que triunfará sin necesidad de que el ministerio se modifique, tanto por el impulso de las circunstancias, como por estar más en armonía con el programa del presidente del Poder ejecutivo. Para que triunfara la segunda tendencia, el Sr. Salmerón debería ceder el puesto al Sr. Pi y Margall.

* *

Hablamos anteriormente del rumor que corría preocupando los ánimos acerca del reconocimiento de la beligerancia de los carlistas por parte del Gobierno francés. Aunque tal reconocimiento no exista, debemos hacernos cargo del fundamento del rumor y de las consecuencias que tendría el hecho, caso de realizarse.

Sabidas son las aficiones monárquicas del presidente de la vecina República, y que en virtud de ellas no sería difícil que presenciáramos dentro de un plazo breve una variación radical en la forma de Gobierno que rige en Francia.

Sabidos son también los trabajos que allí hace el partido legitimista para la fusión de las ramas borbónicas. Pues bien: este es el fundamento de la cuestión. Los legitimistas se lisonjean con la esperanza de que al reanudar sus sesiones la Asamblea contarán en ella con fuerzas suficientes para dar la batalla á la República, y en último caso piensan que no les sería difícil conquistar el apoyo de Mac-Mahon. Basado en esto se ha imaginado la fusión de los borbónicos españoles, puesto que el triunfo de dicha dinastía en Francia supone conseguir en España otro igual.

Este es el cuento de la lechera, aplicado á la política monárquica.

Sin necesidad de quebrarse mucho los cascos, adviértese desde luego cuán ilusorias son tales esperanzas. Dejemos á un lado lo que en Francia pueda suceder, y ocupémonos solo de nuestros asuntos.

¿Es posible la fusión de los borbónicos españoles bajo la base con que se presenta?

Nadie ignora cuán celosa es de sus pretendidos derechos la ex-reina de España: ¿cómo había, pues, de perjudicar á su hijo, reconociendo la soberanía de don Carlos y ayudándole á subir á un trono que ella ocupó?

Por otro lado, Francia que há poco agonizaba, ¿está ya bastante repuesta para entrar en guerra con

nosotros ó para desafiar el poder de Prusia, de Italia y de los Estados-Unidos, que pondrian un dique á sus propósitos locos, á sus desvarios reaccionarios, aun cuando no fuese más que por el daño que pudieran hacerles?

Y aun sin contar con esto, ¿tan poco significa la voluntad de los españoles? ¿tan lejos está 1808, que se le ha olvidado ya cómo rechazamos á los que quieren imponernos un gobierno por medio de la fuerza, aunque este gobierno fuera como bajado del cielo?

Creemos que la especie no merece más refutacion.

Pero si nada debemos temer del extranjero, tememos, sí, mucho, de nosotros mismos. La situacion es más grave de lo que parece á primera vista, y para convencerse de ello, basta solo echar una ojeada sobre España.

JOAQUIN DE ARDILA.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Los grandes y los buenos pensamientos nacen del corazon.

ADVERTENCIA.

Con objeto de dar más lectura y mejor forma á LA ILUSTRACION POPULAR suprimimos la obra *Paris en América* tal como la veníamos dando: para completársela á nuestros constantes suscritores, les REGALAREMOS mensualmente dos pliegos de ella, esperando que esta *mejora* merecerá su aprobacion.

MADRID: 1873.

IMPRENTA DE BERNARDINO Y CAO,
calle del Ave-María, núm. 11.

PUBLICACIONES NOTABLES.

GALERÍA FESTIVA.

Coleccion de novelas, cuentos y anécdotas originales; obras picantes y humorísticas de los primeros escritores, tanto nacionales como extranjeros; alegres desahogos de los ingenios que más han sobresalido y sobresalen en las letras.

PROSPECTO.

Al emprender la publicacion de esta nueva *Galería*, nos mueve la idea de que no todo ha de ser sério en este mundo, la conviccion íntima de que el solaz, el divertimento y la risa son preferibles á las graves preocupaciones, y la persuasion no menor de que se presta un servicio de humanidad llevando el placer y el contento al ánimo de los lectores.

No haremos el elogio de las obras que tenemos ya en prensa: el público juzgará; esperamos tranquilos su fallo, en la seguridad de que nos será favorable. Las obras originales españolas alternarán con las traducciones de lo más selecto que en este género se ha escrito, y que no son conocidas en nuestra patria.

Hé aqui las condiciones casi increíbles de esta publicacion:

BASES DE LA SUSCRICION.

Esta *Galería* publicará todos los meses un elegante tomo de 128 PÁGINAS, encuadernado á la rústica, con una bonita cubierta de color y su portada, dibujada y grabada por nuestros primeros artistas, representando un hecho en sentido festivo, y al increíble precio de:

2 RS. CADA TOMO EN TODA ESPAÑA.

Como todos los meses se publicará un tomo, se abre una suscripcion, que podrá ser por SEIS MESES Ó UN AÑO.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Por seis meses.....	10 reales.
Por un año.....	18.

Los suscritores por SEIS MESES recibirán GRATIS una magnífica lámina con 50 retratos y 50 biografías, representando los principales hombres de LA COMMUNE DE PARIS.

Los suscritores por UN AÑO recibirán GRATIS una novela de 500 páginas, encuadernada á la rústica, ó un magnífico PANORAMA DE MODAS, con 28 figuras iluminadas en colores, hecho en París, y que contiene modelos de trajes para las cuatro estaciones del año y para diferentes edades.

Entre los cuentos picarescos que verán la luz en los primeros tomos, publicaremos los de BOCACCIO, que llevan los siguientes títulos:

EL CALENDARIO DE LOS VIEJOS.

EL AGUJERO DEL DIABLO.

RASCA AQUÍ, RASCA ALLÁ.

ABRAHAN EN ROMA.

Las suscripciones de seis meses ó un año han de hacerse directamente, remitiendo el importe en libranzas ó sellos al ADMINISTRADOR DE LA ILUSTRACION POPULAR, TABERNILLAS, 8, MADRID.